sa que no vengan á ser allá tales, cuales, si pudieran, no quisieran haber sido tampoco acá. Porque toda hermosura de cuerpo resulta de la congruencia y simetría de las partes ordenadas con cierta suavidad de color. Donde no hai conformidad de partes, suele ofrecer alguna cosa, ó porque es pequeña, ó porque es demasiada. Y así no habrá deformidad alguna de las que hacen la incongruencia de las partes, pues lo que estuviere mal, se corregirá, y lo que fuere ménos de lo que conviniere al decoro, lo suplirá el Creador con su infinita sabiduría; y lo que fuere mas de lo que conviene, lo quitará conservando la integridad de la materia."

No multiplicarémos las citas; las que se han hecho bastan para nuestra prueba fundada en el testimonio de los Padres de la Iglesia; pero no concluirémos sin transcribir lo que San Cirilo de Jerusalen dice á este propósito en una de sus obras doctrinales. "Se arroja el trigo en la tierra, y este grano alterado y corrompido reverdece á su tiempo y adquiere una hermosura que hechiza á vuestros ojos. Pero el trigo y las otras simientes no se han hecho para sí, sino para nosotros. Y qué, si lo que se ha hecho para nosotros revive así, y de alguna manera resucita, ¿no resucitarémos nosotros para quienes se han hecho todas las cosas? Viendo Dios vuestra incredulidad y queriendo ocurrir á ella, os ha hecho reconocer por experiencia en las cosas mas insensibles lo que debe hacer algun dia en las creaturas racionales que ha formado á su imágen. Y sin salir de vosotros mismos, si Dios creó vuestra alma, y os dió la primera vida ¿no podrá restablecer su obra y resucitaros despues de muertos?"

CAPITULO IV.

PRUEBA DEDUCIDA DE LA VOZ DE LA IGLESIA CATOLICA.

Ya hemos visto en otro lugar cómo la santa Iglesia católica es infalible en sus decisiones dogmáticas, puesto que ha recibido de Jesucristo una plena potestad para definir, explicar y defender toda la doctrina de la fe y de las costumres. Pues bien: la Iglesia desde sus primeros tiempos se

hizo cargo de esta necesidad dogmática y consignó en el cuerpo de sus decisiones la resurreccion de la carne. El Símbolo de los apóstoles, conocido vulgarmente con el nombre de *Credo*, dice estas terminantes palabras: "Creo la resurreccion de la carne." Los apóstoles, discípulos del Salvador y primeros nuncios de su Evangelio, profesan, pues, este dogma sublime de la esperanza cristiana.

Despues de ellos la Iglesia, por la voz de los padres de Nicea, consignó en su símbolo este mismo dogma: "Espero la resurreccion de los muertos, dice el símbolo de Nicea, y la vida del siglo que ha de venir." He aquí una profesion consignada en aquella célebre asamblea que figura en el primer término de la ilustre galería de los concilios ecuménicos celebrados despues de los apóstoles; y este símbolo repetido por millones de voces todos los dias en el universo católico, nos manifiesta como en una especie de cuadro en el eco de toda la cristiandad respondiendo á la voz de la Iglesia docente. Finalmente, la misma verdad encontramos consignada en el símbolo de San Atanasio, donde se dice que los hombres todos han de resucitar con sus propios cuerpos para dar cuenta de su conducta.

Basta: nada mas ilustre y nada mas grato en la historia de las profesiones y las creencias, que la de los dogmas católicos: el filósofo cavilará con su miserable sofisma; pero sellará sus lábios ante el irresistible poder de las profesiones universales.

No nos extendemos tampoco á vertir y explanar los argumentos deducidos de la razon teológica: harto dijimos al introducirnos á este artículo, algo dirémos al introducirnos al siguiente sobre la alta conveniencia de esta resurreccion universal.

CAPITULO V.

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE ESTE DOGMA.

Despues de haber expuesto los argumentos diversos con que se prueba la resurreccion futura de los cuerpos, no será fuera de propósito manifestar las cualidades nuevas que adquirirán los cuerpos de los justos, y hacer algunas reflexiones morales acerca de esta verdad tan importante. Uno y otro lo encontramos bien expuesto en la explicacion catequística del padre Fontaura: la transcribirémos á la letra.

"Aunque los cuerpos resucitados serán sustancialmente los mismos que eran ántes, sin embargo, su condicion deberá ser mui diversa, pues habiendo estado ántes sujetos á las leyes de la muerte, despues de reducidos á la vida, todos permanecerán inmortales é incorruptibles, sin haber en esto diferencia entre buenos y malos. Porque escrito está: "*precipitará el Señor la muerte para siempre.*" [1] Y el Apóstol dice: "el último enemigo que será destruido es la muerte." [2] Y en San Juan leemos: "*Ya no habrá mas muerte.*" [3] Y en efecto, era mui conveniente á los méritos de Cristo Señor nuestro que fuese destruido el imperio de la muerte, para que el pecado de Adan quedase vencido con superiores ventajas; y así mismo mui conforme á la justicia de Dios que los buenos gozasen perpetuamente la vida bienaventurada, y que los malos pagasen sus culpas con penas eternas, que buscasen la muerte y no la encontrasen, que desearan morir y huyera de ellos la muerte." [4]

"Aunque esta inmortalidad será sin duda comun á buenos y malos; sin embargo, habrá mucha diferencia entre ellos, porque los cuerpos resucitados de los santos tendrán además ciertas insignias y adornos ilustres que los hermosearán increiblemente. Entre estos los principales son cuatro, que se llaman dotes, como lo observaron los Padres en la doctrina del Apóstol. El primero es la *impasibilidad*, por la cual no pueden sentir molestia, ni dolor, ni quebranto alguno. A este se sigue la *claridad*, con la cual brillarán como el sol los cuerpos de los santos, pues así lo anunció el

1 Isaias, cap. 25, ℣ 8.
2 1. Cor. cap. XV, ℣ 26.
3 Apoc. cap. 21, ℣ 4.
4 Apoc. cap. IX, ℣ 6.

Salvador, diciendo: *Resplandecerán los justos como el sol en el reino de mi Padre.* [1] Mas no todos estarán igualmente adornados con este don, como lo estarán con el primero, porque aunque todos serán igualmente *impasibles*, no todos tendrán un mismo resplandor ó claridad, y por tanto, dice el Apóstol: *Una es la claridad del sol y otra la de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en la claridad, y así será la resurreccion de los muertos.* [2] El tercer don es el que llaman *agilidad*, por la cual, libre el cuerpo de todo peso, se moverá con tanta ligereza adonde quiera el alma, que no se podrá dar cosa mas veloz que este movimiento, segun la doctrina de San Agustin [3] y San Gerónimo; [4] y por esto dijo el Apóstol, hablando del cuerpo de los justos: *Es arrojado en la tierra, privado de movimiento y resucitará lleno de vigor.* [5] El cuarto dote se llama *sutileza*, y por él estará el cuerpo sujeto en todo al imperio del alma, como lo significan aquellas palabras del Apóstol: *Es arrojado en la tierra como un cuerpo animal, y resucitará como un cuerpo espiritual.*" [6]

"Ved ahí, continúa, lo que la fe nos enseña de la resurreccion de los cuerpos, véamos ya las consecuencias que debemos sacar de esta doctrina para arreglar nuestra conducta. Porque no es bastante creer las verdades de la religion, y solo servirian para condenarnos, si no hiciésemos de ellas la regla de nuestras costumbres. ¿Qué fruto, pues, deberémos sacar de la verdad del presente artículo? ¿Qué, sino que la vida presente es un ensayo de otra vida que no se ha de acabar, y que habiendo de resucitar en nuestros cuerpos, para ser eternamente felices, debemos hacer un uso de ellos correspondiente á ese fin tan glorioso? ¿Podemos hacer servir á otra cosa que á la justicia unos miembros que deben tener parte en la recompensa de los justos? ¿Podemos prostituir á miradas impuras unos ojos que han *de ver al Salvador?* [7] ¿Con qué respeto debemos tratar estos cuerpos que deben ser eternamente los *templos de Dios* mismo? [8] ¿Con qué atencion debemos cuidar de conservarlos puros y sin mancha? ¿Con qué celo debemos castigar los

1 S. Matth. cap. XIII, ℣ 43.
2 1 Cor. cap. XV, ℣℣ 41 y 42.
3 Lib. 13, de Civit. Dei, cap. XVII et XX sup.
4 Cap. XL, Isaiæ.
5 1 Cor. cap. XV.
6 Ibid. ℣ 44.
7 Job, cap. XIX, ℣ 26.
8 1 Cor. cap. VI, ℣ 19.

miembros de nuestra carne para sujetarlos al espíritu y hacerlos así dignos de ser despues gloriosos? ¡Ah! Si estuviéramos vivamente persuadidos de la resurreccion futura de los cuerpos, ¿qué nos podria parecer difícil en la vida penitente y cristiana? ¿Temeriamos mortificarlos con vigilias y ayunos, si consideráramos el fruto de estos trabajos?

"¿No diriamos con el Apóstol: *si castigo mi cuerpo, y le reduzco á servidumbre, si como un atleta me ejercito* en los combates, para conseguir la victoria; *si me abstengo de todas cosas,* y me privo aun de los placeres inocentes, sé que no *corro en vano,* que mi trabajo no será inútil; sé *á quien he confiado mi depósito,* y que *el justo Juez es Todopoderoso para conservarle en el último dia:* [1] sé que mi cuerpo es un *grano de trigo,* que debe ser *arrojado en la tierra* y morir, *para reproducir ciento por uno?*" [2]

Efectivamente, *ninguna cosa hai mas eficaz para inclinarnos á las buenas obras,* que la fe y *la esperanza de la resurreccion,* dice San Cirilo: [3] *todo jornalero trabaja con mas ardor, cuando prevee la recompensa de su trabajo. Un soldado que espera ser premiado, se expone con mas valor á los combates y peligros, y lo mismo es el cristiano respecto de la resurreccion. El que la cree usa santamente de su cuerpo, y cuida mucho de no mancharle. Al contrario el que no la cree fácilmente se deja llevar de las pasiones, y no teme deshonrar su cuerpo, como si no tuviera interes en conservarle puro.*"

"¿Qué fortaleza, pues, no debe inspirarnos la fe de la resurreccion, para emprender las obras mas dificiles, y sufrir los mayores trabajos? Esta fe hacia capaces á los mártires de emprenderlo todo, de sufrirlo todo, y sufrirlo con gozo. Testigos los ilustres macabeos. Mal príncipe, decia uno de ellos á Antioco: [4] *Tú nos harás perder la vida presente, pero el Rey del mundo nos resucitará algun dia para la vida eterna. Yo he recibido estos miembros del cielo, decia otro,* [5] *mas los desprecio al presente por la defensa de las leyes de Dios, porque espero que él me los dará algun dia.* Esta misma fe hacia á todos los mártires intrépidos en los peligros, invencibles en los trabajos, y les llenaba de gozo en medio de los suplicios mas crueles. ¿Porqué, pues, no deberá fortalecernos á nosotros y consolarnos en todas las

1 1 Cor. cap. IX, ℣ 25 et seq.
2 Joann. cap. 12, ℣ 24.
3 S. Cyril. Jerosol. Catech. 18 n. 1.
4 2 Machabeor. c. VII ℣ 9. et seq.
5 Ibid. ℣. 11.

aflicciones de la vida, en las enfermedades, en la muerte de nuestros parientes, en nuestra muerte, y en las cercanías de nuestra última hora. ¿Qué otro consuelo animaba á Job no solamente en la pérdida de todos sus bienes, y en la muerte de sus hijos, sino tambien en aquellas úlceras crueles que desfiguraron su cuerpo, haciendo de él un muladar de gusanos? En la muerte de nuestros parientes *no debemos afligirnos,* dice el Apóstol, [1] *como los infieles que no tienen esperanza; porque si creemos que Jesucristo murió y resucitó, debemos creer tambien que Dios resucitará con Jesus á los que murieron en él.* Y en vuestra propia muerte debe sernos de gran consuelo el saber como Job, que resucitarémos en el último dia para ver á Dios. ¡Ah! ¡Qué esperanza tan dulce y consoladora! [2]

1 1 Thesal. c. IV. ℣℣. 12 y 13.
2 Fontaura. Explicacion de las cuatro partes de la Doctrina cristiana. Art. undécimo, instruccion XXXIX.

EXPOSICION

DE LA

DOCTRINA CATOLICA

SOBRE LOS

DOGMAS DE LA RELIGION.

LIBRO DUODECIMO.

LA RESURRECCION DE LA CARNE, EL JUICIO
Y LA ETERNIDAD.

ARTICULO SEGUNDO.

DEL JUICIO UNIVERSAL.

I. Consideraciones generales acerca de este dogma católico.—II. Necesidad, conveniencia y carácter del juicio universal.—III. Argumentos teológicos con que se prueba la verdad del último juicio.—IV. Tiempo en que se ha de verificar la segunda venida de Jesucristo.—V. Señales diversas que han de preceder al juicio universal.—VI. Forma del juicio universal.—Conclusion.

YA hemos dicho que este grande acontecimiento de la resurreccion de la carne servirá de antecedente preciso, y de espectáculo al mismo tiempo, al último é irrevocable fallo que á la faz del Universo todo y de todas las gerarquías del cielo, ha de pronunciar Jesucristo, para dar cabo con esto, en el órden de los siglos, á esta revolucion sublime y única que para bien de los hombres, produjo en la tierra con su presencia y con su sacrificio. ¿Ni cómo seria de otra manera? En las obras de Dios brilla la sabiduría eterna con los caracteres indelebles de una perfeccion infinita, y no podria faltar el juicio universal en el término de los siglos, sin que el desenlace